

LA FIESTA DE LA VICTORIA.

1952: LOS HENRIQUISTAS

POR JAIME DEL PALACIO

"Los hombres políticos del poder, o los cercanos al poder, acusaron a los hombres de letras (es preferible "hombre de letras" —de Voltaire y su tiempo— a "intelectuales", término éste de imprecisa y genérica masificación); y con cierta dosis de buena fe, con cierta inocencia, si consideramos que los hombres de letras tendrían en determinado momento la alucinación de haber generado aquella realidad."

L. Sciascia

No se arrepentía de haber jugado mal una vez más. Era suficientemente lúcido como para saber que siempre había perdido y que ésta no sería la última vez. Seguía cobrando en Economía; el sindicato de Educación lo había hecho dar de baja inmediatamente después de su encarcelamiento en el Carmen y él no había armado escándalo alguno con la esperanza de conservar la otra plaza y así había sido. Con suerte podría continuar de la misma manera; si no, ya habría algún modo de arreglarse. Perderían y a todos se los llevaría el carajo. Esa era su conclusión. No habría rebelión ni nada. De nada habría servido la promesa repetida hasta el cansancio, hasta el ridículo, de un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Por la misma razón por la que no se arrepentía, por la misma causa por la que se conocía con una rara perspicacia y nunca se había hecho mayores ilusiones ni en cuanto a su vida política ni en cuanto a su vida íntima, había percibido, hacía ya tiempo, que el henriquismo había unido no a una o varias corrientes políticas, no

rias posiciones ideológicas: el general Henríquez Guzmán había concentrado en su persona la esperanza de llenar todas las ausencias *políticas e ideológicas* que durante muchos años habían dormido en todas las personas más o menos conscientes; el general Miguel Henríquez Guzmán había polarizado en su persona la mínima posibilidad de realizar las promesas del cardenismo. No se había puesto en marcha, pues, una estructura política, un proyecto alternativo de país, un ideal de sociedad; se habían más bien disparado un tumulto de intereses contrapuestos que querían ver en el líder de la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano, multimillonario y buen vividor, al paladín de todas las causas que los más distintos grupos consideraban justas. Pero Arturo resumía durante su adormecimiento y su borrachera toda la complejidad del henriquismo en su sensación de derrota que ahora se le había hecho una convicción compuesta de otras tantas convicciones y otros tantos conocimientos. Por ejemplo, su experiencia asambleísta le había llevado más de una vez a localizar los diferentes intereses comprometidos en la causa por la que había luchado con pasión durante casi dos años y le había hecho saber que había en ella por lo menos dos corrientes irreconciliables: la que formaban los henriquistas y la que cristalizaba en el propio general. Este había puesto de su lado a los líderes de la burocracia agrarista tradicional, a los adalides de la reforma agraria cardenista. Una vez obtenido el triunfo era claro que la burocracia sería perfectamente neutralizable (lo había sido durante el avilacamachismo y el alemanismo), ¿pero lo serían las masas campesinas que parecían escuchar la misma voz con la que se habían levantado en el 34? Aun cuando Cárdenas había insistido en su neutralidad, ¿no había sido bastante la presencia de su familia en los mítines del henriquismo? ¿No era suficiente la militancia henquista de los más connotados cardenistas? Para muchos, para quienes querían una vuelta al radicalismo cardenista era evidente no que Cárdenas con sus lejanas muestras de simpatía fuera henquista, sino que Henríquez Guzmán, con su programa lleno de promesas tácitas, fuera cardenista y esto para ellos era lo importante. Se prometía la supresión del recurso de amparo en materia agraria, la eliminación de intermediarios en la comercialización de los productos y la libertad absoluta de organización para los campesinos. En la estrategia del general era claro que estas promesas significaban una concesión, o una ganancia para los agraristas de la Federación de Partidos. Ignorante maestro de ciudad como Arturo era, se daba cuenta de que esto, una vez llegado el general al poder, sería imposible de cumplir. El amparo había significado una reivindicación de los propietarios que el gobierno de Alemán había concedido para lograr lo que él entendía como desarrollo del campo, ¿permitirían los beneficiados que esta reivindicación les fuera arrebatada?





da? ¿Tendría Henríquez la base social necesaria para conseguirlo? La base del control gubernamental estaba cimentada en las confederaciones obrera (para ésta no había lugar en el programa henriquista) y campesina. El general había prometido libertad de organización a los campesinos: esa manera en que el poder mantenía al campo en un estado de efervescente equilibrio, en permanente disputa y, en consecuencia, en permanente desgaste, ¿qué resultados tendría en la libertad organizativa del henriquismo? Este prometía también el respeto a los derechos políticos de los diversos partidos, la reforma a la Ley Electoral para evitar el fraude sistemático del invencible, la derogación de las reformas del Código Penal que habían introducido el delito de disolución social, la liberación de los presos políticos; es decir, toda una plataforma de atracción para las clases medias de las ciudades que podían tal vez embarcarse en una aventura de inciertos resultados. Pero todo esto, Arturo lo sabía perfectamente, no era sino política; es decir, un juego por medio del cual se lograba un compromiso, así fuera efímero, que se traducía en alianzas. Una vez conseguido el objetivo, las alianzas podían sufrir modificaciones muy serias, condicionadas por la verdad de las personas, por los auténticos intereses que las personas podían representar al margen de la política. Y los intereses del general Miguel Henríquez Guzmán, los intereses de muchos de los integrantes de su grupo más cercano, incluido su maestro, el viejo admirado, no garanti-

zaban de ninguna manera el cumplimiento de las promesas hechas. Todo eso sin contar con que el país del alemanismo, de la corruptela, el amiguismo y el progreso se dejaría matar antes de permitir el ascenso al poder de alguien con semejante declaración de principios aunque éstos no llegaran nunca a tener ninguna vigencia práctica.

En su acceso racional a estas cuestiones contradictorias Arturo se sorprendía a cada instante más y más de haber podido penetrar con el pensamiento (precisamente ahora que estaba casi totalmente borracho) hasta el fondo de ese sentimiento que al principio no era sino la convicción de la derrota que empezaría al día siguiente y que iría verificándose día con día hasta que el último voto fuera contado. Se representaba de nueva cuenta a la multitud de pequeños líderes campesinos que en el Partido le habían presentado varias veces y cuyas caras siempre olvidaba porque todas tenían, para él, las mismas características. Ellos serían los verdaderos traicionados. "Uno ya se las arreglará —pensó—, todos nos las arreglaremos. El general se las arreglará mejor que nadie..., pero ellos no." Ese, el henriquismo popular, el de la provincia, el del campo, ese era el que verdaderamente sufriría las consecuencias, porque aun cuando se levantara en armas como parecía desearlo siempre, como lo había insinuado más de una vez el candidato oficial para atemorizar a los seguidores tibios del henriquismo, todos serían aplastados. Arturo pensaba ya en tercera persona del plural como para establecer una distancia entre los que sufrirían y los que "nos salvaremos". Asustado por esta exclusión, por la huida que significaba, calló un momento y se sumergió en un silencio poblado de oscuridades apenas interrumpidas por los destellos luminosos que parecían explotar bajo sus párpados cuando cerraba los ojos.

Poco a poco volvía a la realidad del cuarto, al ruido de la duela producido por la noche, a la cama solitaria, como de hospital, al ropero con la luna empuñada, al tic-tac del enorme despertador sobre el buró. Alargó la mano izquierda y tiró de la cadennilla que servía de encendedor a la lámpara. La luz le cerró las pupilas debajo de los párpados; entreabrió los ojos y vio el reloj. Las diez apenas. Se levantó trabajosamente y salió al pasillo, caminó hasta la puerta del excusado y encendió la luz. Orinó largamente y regresó al cuarto; vació agua en la palangana sostenida en un trípode, se lavó la cara y se echó agua en la cabeza. De la bolsa interior del saco que nunca se había quitado extrajo un peine con dificultad porque tuvo que discernirlo entre los papeles que le llenaban la bolsa. Se miró en el espejo del ropero y se peinó cuidadosamente; guardó el peine. Cerró la botella de tequila y se la echó en la bolsa lateral del saco. Bajó las escaleras en silencio y salió a la calle por Guatemala. Afuera la noche sin estrellas se había hecho más intensa. Los perros y algún coche interrumpían apenas el silencio. "El



paseo de las Cadenas", se dijo en voz baja, y mientras caminaba frente a la Catedral trató de imaginarse cómo habría sido la plaza en el siglo pasado, con coches de caballos. Unos pasos atrás lo sacaron del ensimismamiento; se dio vuelta y vio a un hombre que parecía querer alcanzarlo, de tal modo caminaba rápidamente chapoteando entre los charcos; reconoció al mismo compañero que unas horas antes le había dado el mensaje en el café de Tacuba. Se detuvo a esperarlo.

—¡Vengo de tu casa! —le dijo todavía a unos pasos—. Siempre se decidió celebrar la victoria mañana. Desde ahora se está movilizando la gente. ¿Qué pasó con el compañero de Durango?

—No llegó el tren. A las once parece. Voy a Buenavista.

Continuaron caminando cada vez más rápidamente. Arturo salía poco a poco de la semiborrachera. Se internaron por 5 de Mayo y cayeron a San Juan de Letrán. El palacio de Bellas Artes, pálido como una piel enferma a la luz de los faroles mortecinos, dormía oscuro como un anacronismo entre el Correo y los fresnos de la Alameda. Se metieron entre los árboles hasta la parte posterior del Hemiciclo a Juárez. Algunos grupos se acurrucaban para pasar la noche: eran henriquistas que habían empezado a llegar para la celebración. La luz del Partido Constitucionalista estaba encendida. El compañero se despidió. Arturo siguió caminando rumbo a la estación.

La multitud era compacta. Los grupitos que Arturo había visto aislados la noche anterior se habían convertido ahora en cientos, en miles de personas que se desplazaban como una gigantesca ola que empezara a formarse en las orillas de Puente de Alvarado y viniera a reventar contra la avenida Juárez, ciñendo al Hemiciclo como un cinturón ruidoso frente al Partido Constitucionalista. La gente no cruzaba todavía la calle doble: apenas algunos —líderes que iban y venían con instrucciones, mensajeros que hurgaban entre el gentío— se colaban por el tráfico tortuoso como si caminaran en el interior de un laberinto. Los taxistas se detenían deliberadamente, sacaban la cabeza por la ventana y contemplaban a veces con interrogación, a veces con disgusto y casi siempre con regocijo la valla formada por filas de hombres sobre las banquetas de la Alameda que parecían haberse formado involuntariamente para guardar el orden. Los policías de tránsito hacían sonar desesperadamente los silbatos entre la rechifla exultante de los manifestantes y los automovilistas que aprovechaban la ocasión para sustraerse a la arbitrariedad eterna de las fuerzas públicas. De cuando en cuando algún coche se detenía frente al cine Alameda; de él bajaba algún personaje que parecía importante dado el revuelo que causaba entre quienes guardaban las puertas del edificio del Partido. En cierto momento, cuando de un cádillac blanco con la

capota azul turquesa descendió un hombre fornido, se esparció rápidamente el rumor, que muy pronto se convirtió en vocerío, de que el general había llegado. Un grupo organizó las porras; al cabo de media hora, sin embargo, el entusiasmo se había enfriado: no había sido Henríquez. Poco a poco se volvió al ritmo normal de la mañana: desplazamientos mínimos, conversaciones en pequeños núcleos que contaban anécdotas de la votación del día anterior. En la parte posterior de la plaza jugaban algunos niños bajo los árboles que bordeaban la avenida y que hacían esquina frente a una extraña iglesia con torre de convento católico y triángulo protestante en la portada. Ahí la multitud se hacía rala y varias parejas descansaban acostadas o apoyadas en los troncos de los fresnos, ajenas aparentemente a las actividades políticas que se iniciaban apenas a unos cuantos pasos. Del otro lado de la avenida, las librerías de viejo (junto con los cafés los únicos comercios que se habían atrevido a abrir) semejaban ventanitas de un antiguo tren. Los cafés, atestados de manifestantes que discutían o habían entrado con prisas a los baños, parecían hacer su agosto lo mismo que las cantinas de 2 de Abril y Valerio Trujano.

La concentración había sido iniciada por los campesinos; ahora había personas de todos los lugares y de todas las clases. Igualados por la participación, los manifestantes podían sin embargo ser individualizados por los sombreros. Los de palma, la mayoría, ocupaban el centro: ala no muy ancha ligeramente levantada a los lados, dos pedradas en la copa como si recordaran su origen en los sombreros que ahora portaban los hombres de la ciudad. Estos se veían aquí y allá por todos lados: algunos, inmaculados en su grisura, pertenecían a hombres de corbata; otros, manchados, rotos, arrugados, eran de empleados, obreros, maestros. Había también sombreros de copa cónica y chica y ala grande y recta, de Michoacán; copas más altas y alas levantadas atrás y adelante, de Jalisco; sombreros pequeños, casi ridículos, de Veracruz; tejanas del Norte, gorras de ferrocarrilero desperdigadas por todos lados, como si sus dueños no quisieran ser reconocidos en un grupo; cachuchas de desempleados y malvivientes, paraguas de mujeres y rebozos doblados sobre las cabezas. Todos los objetos protectores pertenecían a personas unidas, sí, por el interés común y la solidaridad en una causa y una circunstancia, pero diferenciadas por un sentimiento que en cada uno de los manifestantes se repetía de una manera peculiar, con el tinte personal que le daba cada individualidad. Todas las personas presentes estaban ahí por su propia voluntad; nadie los había arrastrado, ninguna institución oficial había facilitado sus transportes para acarrearlos. Cada comité regional, distrital, se había ingeniado la manera de movilizar a sus efectivos: algunos habían tomado trenes, autobuses, taxis, por su propia cuenta; otros habían alquilado



camiones particulares, otros más habían caminado toda la noche o caminaban ahora mismo para llegar a tiempo.

Todos iban a celebrar la victoria de su partido. Tal vez por eso el interés no decaía. Quienes en las márgenes posteriores de aquella gran ola se habían retirado para echarse un rato sobre el pasto, bajo las frondas de los árboles, lo hacían sólo para recuperar el aliento y retomar la discusión y el comentario en el grupo más próximo. Se repartían volantes mimeografiados que reproducían el manifiesto aparecido esa misma mañana en los periódicos y que convocaban a celebrar el triunfo de la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano. "Que nadie intente arrebatarse al pueblo su legítima victoria", decía provocadoramente el documento, y los manifestantes se repetían la frase afortunada con un nudo en la garganta porque en esos momentos ellos y nadie más defendían su legítimo triunfo en las urnas; porque ellos, y nadie más, encarnaban al pueblo y a su voluntad de lucha; es decir, a la posibilidad de dar al país ya no un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, lema de la federación que nadie podía concretar muy claramente en su vocación absurdamente democrática; sino, por lo menos, un gobierno contra la desvergüenza, el robo institucionalizado, el despojo en el campo, el mangleo como forma de autoridad, la complicidad con los ricos y los americanos. Para la dirección henriquista "pueblo" era ciertamente un término igualador, más que de clases, de los intereses que se agupaban en los partidos federados; para la mayo-

ría, sin embargo —para esa corriente "popular" del henriquismo que Arturo había advertido—, el pueblo no era otro que ella misma; es decir, lo que algunos llamaban clases desposeídas, los que siempre han sido los "pobres". Y esos pobres, ilusionados por el cardenismo, humillados por Avila Camacho, el soldado desconocido; vejados y empobrecidos más todavía por Miguel Alemán, el cachorro de la revolución, venían ahora como la facción combativa, como la representación genuina de la Federación; venían ahora, alrededor del líder que habían encontrado circunstancialmente en su largo camino, a reclamar airadamente un triunfo que se les debía en justicia. Pero sobre todo venían ahora, como habían venido tantas veces en la historia, a restaurar la edad de oro, a verificar el pacto entre iguales firmado en el origen del tiempo, cuando no había gobiernos ni jerarquías. No les importaba en absoluto el recuento de votos, que sería siempre e indefectiblemente fraudulento aunque a cada papeleta correspondiera una firma y a ésta una persona verdadera; venían a defender su legítima victoria. Tal era la justicia de su reclamo y la sabiduría de su procedimiento político. Se habían sometido a una elección que no podían estar seguros de ganar y cuyo resultado, cualquiera que fuese, muy probablemente se les escamotearía; esa había sido la concesión a los líderes, al propio gobierno que proponía un mentiroso juego democrático, pero no estaban de ningún modo dispuestos a dejarse arrebatarse un triunfo que les pertenecía aun antes del 6 de julio. Para ello estaban ahora en la Alameda, para mostrar la fuerza de su decisión. El manifiesto que pasaba de mano en mano, las propias declaraciones del general Henríquez y de otros dirigentes habían hecho saber a quienes se habían atrevido a dudar que el movimiento iría a cualquier parte para satisfacer el anhelo popular de justicia política. Por eso, el "pueblo" que consideraba al general a la vanguardia, el "pueblo" que se había reunido ahora orgulloso de sus líderes, confiando en la fiesta de la victoria, aguardaba pacientemente en medio de la pesantez que precedía la tormenta de la tarde, protegido por la frescura de los árboles, refrescado por el agua que los comités proporcionaban o que los generosos hidrantes repartían y alimentado con los itacates propios o con las enchiladas y quesadillas que varias mujeres producían sobre comales rápidamente dispuestos en las veredas.

Era sin duda una prueba de fuerza del henriquismo que había aprendido del propio gobierno el valor de las movilizaciones masivas. A ninguno de los manifestantes escapaba, sin embargo, que a tal prueba de fuerza podía oponerse la prueba de fuerza del aparato represivo del poder gubernamental, por eso nadie se hacía ilusiones acerca del carácter pacífico de la demostración. Quien más quien menos, la mayor parte de los henriquistas conocían a la fuerza pública: viejos revolucionarios, unos; mi-



litantes del vasconcelismo, del padillismo o del almazanismo, otros; egresados de las filas del sindicalismo, otros más, todos estaban acostumbrados a la violencia policial. A muchos el saco les pesaba en el calor del mediodía, pero no podían quitárselo sin correr el riesgo de mostrar en la cintura la cacha de la pistola; algunos, más decididos, disimulaban el bulto con la chamarra en el brazo. Abundaban las puntas, las chavetas, los trozos de tubo, las partes mecánicas. La mayor parte no portaba armas, no porque ignorara la naturaleza de aquel ritual, sino porque no las tenía o no sabía usarlas. Los ferrocarrileros, tal vez los más avezados en las luchas callejeras, se habían armado de un modo uniforme con varillas de construcción que habían llevado en haces hasta cierto punto de la plaza destinado a concentrar los recursos. En aquella multitud el entusiasmo podía tal vez crecer a la sombra de la incertidumbre que más tarde se definiría o no, quizá hasta podía encontrar justificación en el arrojo de los líderes, pero estaba exenta de cualquier ingenuidad respecto de las fuerzas del Estado. Sabedora de su magnitud, la manifestación se daba cuenta también de su peligrosidad para el gobierno, para el ascenso ilícito del candidato oficial. No en vano habían transcurrido dos años completos de enfrentamientos, muertes silenciadas en comisarias, peleas callejeras, hostilidades mostradas de todas las maneras posibles. La sangre vertida en Nayarit y Puebla, entre otros sitios, no se apartaba de la mente de los militantes más aguerridos. El henri-

quismo había aprendido mucho de las argucias gubernamentales tanto del poder central como de algunas gubernaturas locales, y nadie se cocía al primer hervor ni se sometía a los primeros gritos. ¿No había anunciado el secretario de Gobernación esa misma mañana que se aplicaría todo el rigor de la Ley Electoral —que por supuesto no se había cumplido apenas el día anterior—, sobre todo en aquellos artículos que justificaban la represión de cualquier actividad política de masas después de los comicios? No habría pues engaño en la aparición de la policía y los soldados para aguar la fiesta de la Alameda.

Eran las cinco de la tarde y la amenaza de lluvia se había convertido en un calor agobiente. Los ánimos, cansados una hora antes, comenzaban de nueva cuenta a encenderse con la llegada de algunos miembros de la dirección. Se multiplicaban las porras a los presidentes de los partidos de la Federación, pero cuando en la masa misma se iba preparando una porra para el general, todas las voces se unían para gritar al unísono el nombre de Henríquez. Acostumbrado a mítines, casi asambleas, en el local del partido, a manifestaciones de rancho siempre de doscientas o trescientas personas, a concentraciones de su ciudad que nunca reunían a más de mil interesados, ni siquiera cuando el gobierno los acarreaba, Roberto había olvidado todos sus malestares del día anterior y recorría de un lado a otro, detrás de Arturo, los términos de aquella inmensa manifestación. Se detenían los dos en un grupo, escuchaban y participaban un momento en la conversación y volaban a otro núcleo en donde se discutían problemas de futura organización política en municipios de donde procedían los compañeros. Por ratos habían desaparecido en las oficinas del Partido Constitucionalista en donde Arturo le había presentado a algunos prominentes henriquistas a quienes Roberto conocía solamente de oídas. En un momento había estado ahí el general García Barragán rodeado de varios sujetos, evidentemente militares, que no abrían la boca mientras su jefe conversaba con Cándido Aguilar; sobre una mesa, un hombre parecido a Genovevo de la O escribía silenciosamente en una hoja amarilla. Habían visto de lejos al general Múgica, callado y solitario, rodeado de vacío y desengaño. La última vez que entraron en las oficinas Estrada Cajigal saludó efusivamente a Roberto.

—¿Cómo anduvieron las cosas por allá, profesor? —preguntó sonriente.

—Usted debe saberlo mejor; yo estaba en el tren.

—Cierto... Por aquí he visto a don Martín Villareal.

—Debe tener ya algunos días. ¿Lo podré ver?

—Creo que está ahora en casa del general, pero no se preocupe, profesor, pronto lo verá usted —Caminó hasta un escritorio y buscó entre varias formas de telégrafo una que sostuvo en la mano sin mostrarla—. Me dicen que en Durango todo está

en orden, que ganaremos ¿A usted qué le parece?

—Que tiene usted razones para no creerlo, pero en algo habremos ayudado, creo.

—Eso sí, y ojalá en otras partes nos hayan ayudado como ustedes. Un hombre de traje azul impecable vino a interrumpir la conversación. Arturo tomó del brazo a Roberto y lo condujo al pasillo; ahí, un hombre blanco y fornido hablaba animadamente a varios jóvenes que los escuchaban con respeto y apenas movían la cabeza para asentir gravemente a las razones del convincente personaje.

—¡Gutiérrez! —interrumpió; la voz gruesa tenía una matiz de cordialidad y distancia que parecía consignar en cada sílaba la condescendencia con que trataba a Arturo— ¿De dónde sale usted? Estuvimos preguntándonos ayer toda la tarde en dónde se habría metido —Aun cuando la voz era controlada para el ámbito en que su dueño se encontraba, había salido de tal manera poderosa y nítida que todos voltearon a mirar al que hablaba y al interpellado.

—Buenos días maestro —contestó éste con deferencia—. Estuve esperando a este compañero que llegó ayer de Durango.

—Bien hecho —dijo el hombre al tiempo que tendía su mano grande y roja hacia Roberto—. ¿Cómo van las cosas por allá?

—Difíciles, maestro —contestó Roberto contagiado por el respeto a Arturo—. Es un estado pa-nista, siempre lo ha sido.

—Sí; desgraciadamente —dijo el maestro con so-

lemnidad triste.

El pasillo del segundo piso del edificio, en donde estaban las oficinas del Partido, era una urdimbre de olores, voces, personas, vestidos. Las oficinas particulares que tenían la desgracia de compartir el espacio con aquella organización política habían decidido desde la mañana cerrar sus puertas y conceder un día de asueto a sus empleados (todo el edificio había hecho lo mismo hacia el mediodía), no tanto por los temores, que cualquiera hubiera sentido en esas condiciones aun cuando hubiera sido totalmente ignorante de las manifestaciones políticas mexicanas, cuanto por la verdadera invasión de henriquistas que no permitían el paso; además, las comisiones de orden se habían adueñado de la entrada al edificio y dificultaban el acceso a las personas que no eran inmediatamente reconocidas como militantes. Abundaban los sacos, pero había también enchamarrados y algunos campesinos en cotorina. Todos mezclaban sus voces de diferentes acentos como en un tejido hecho por los más distintos materiales. Predominaba el canto de la ciudad de México, que iba desapareciendo hasta casi convertirse en un resto entre quienes por el color de piel o el vestido revelaban su origen alejado de cualquier colonia urbana. El acento del centro hacía un fuerte contrapunto con el de Jalisco y éste con el de Guerrero. Un grupo de veracruzanos peleaba en su lengua cortada y eficaz. El propio acento de Roberto diferenciaba sus terminaciones como anzuelos con el español llano y oaxaqueño de Arturo que a pesar de todos los años de ciudad aún decía "pang", "tremg", "Juang". Así pues, la igualdad de afuera se rompía aquí en un montón de fragmentos lingüísticos que muy bien podían significar el mosaico de las distintas asunciones del movimiento en el país, los diversos efectos del henriquismo en las distintas necesidades regionales. Por encima de esas peculiaridades, que al fin hubiera podido reducirse a unas cuantas expresiones, se situaba esa diferencia fundamental e irreductible que Arturo conocía y que estaba no en la lengua, sino en la clase, en el sector, en la procedencia social. Nadie podía decirlo explícitamente, pero en el desprecio de ciertos ciudadanos por el provinciano, en la diferencia de olores (aguas de Colonia frente a sudores revenidos), en el resentimiento de los pocos campesinos que había en los pasillos hacia los licenciados de traje con prioridad para cruzar las puertas de las distintas oficinas del Partido, estaban otras tantas interrogantes. ¿Cómo casaría la Federación esos olores, esos vestidos, esas peculiaridades lingüísticas, esos resentimientos y esos desprecios? Ciertamente que no era hora de hacerse ese género de preguntas a pesar de que flotaran terciamente en el ambiente; era más bien hora de salir a confundirse entre la multitud, a engrosarla y tal vez a guiarla entre los peligros que acechaban y que ya habían atemorizado considerablemente a Roberto. Nadie hablaba de ellos pero hasta él, que no





estaba acostumbrado a las crueldades de la ciudad, los podía respirar en cada bocanada de aire que entraba por su nariz. Antes de salir esa mañana del cuarto de Argentina y Guatemala Arturo había sacado del ropero una enorme pistola cuyo peine había desmontado para meterlo en la bolsa y eso, a primera hora de la mañana, ya le había referido una noción de lo que ese día podía sobrevenir.

Afuera todo era una locura de voces y movimientos. La gente había invadido la avenida en los dos sentidos y había interrumpido el tráfico en Balderas y San Juan de Letrán. Las bocinas de los coches detenidos arriba y abajo unían furiosamente su sonido al griterío que había reconocido su centro en el Hemiciclo. Dos gigantes altoparlantes habían sido colocados en las ventanas del Partido y por ellos había estado saliendo música regional, corridos henriquistas y la propia voz del líder grabada en distintas ocasiones. Los policías de tránsito habían desaparecido y en los extremos del gentío los coches se desviaban en desorden con lentitud y con rabia. Hacía ya media hora que los vivos y los muertos se sucedían sin descanso. Las porras crecían en intensidad, se fragmentaban por momentos sólo para volver a unirse más fuertes todavía. Había en todo ello, sin embargo, un orden riguroso que todos reconocían y que nadie se atrevía a romper: el orden de las manifestaciones espontáneas que tienen en cada uno de los participantes una voluntad conocida y ejercida por todos y que las distingue de esos actos cívicos controlados milímetro a milímetro por todas las pertenencias y obediencias de cada individuo.

—¡Muera Ruíz Cortines! —gritaba por enésima vez alguien con una voz que parecía salir de una garganta desgarrada.

—¡¡¡Muera!!! —respondía un rugido unísono, como si fuera una gran orquesta concertada para entrar, toda junta, en un determinado compás.

Roberto percibía sofocante el calor de aquella selva que era necesario violentar para abrirse paso. Ante la fuerza de ese gigantesco cuerpo sentía que todos sus miedos habían sido absurdos porque nadie se atrevería a oponerse a la decisión de quién sabe cuántos miles de compañeros que ahí estaban y que eran, en última instancia, los ciudadanos más conscientes del país, las verdaderas fuerzas vivas, puesto que todas las demás o estaban muertas o estaban dormidas. Rodeado como estaba, Roberto experimentaba una sensación de protección, como si todos aquellos que se habían reunido a su alrededor por ese solo hecho constituyeran un escudo prodigioso que lo resguardaría de todas las maldades del poder.

Los dos compañeros habían llegado a la esquina de Luis Moya; les había tomado un largo cuarto de hora caminar media cuadra. Precisamente en ese momento los altoparlantes callaron y fue como si todo hubiera hecho silencio al mismo tiempo.

—Es la hora —dijo Arturo casi al oído de Rober-

to y trepó por la defensa al techo de un enorme packard estacionado sobre Luis Moya—. ¡Compañeros! ¡Compañeros! Nos hemos reunido para... —tenía a su espalda un nicho formado por la cortina de metal de una tienda cerrada que parecía servirle de concha acústica porque su voz salía poderosa.

Roberto, sorprendido, intentó acercarse al automóvil pero súbitamente comprendió que no estaba ahí para escuchar a su amigo; comprendió por qué le habían pedido que viniera, por qué Arturo había empleado siempre el plural para referirse a las actividades de la tarde. Se abrió paso en sentido contrario hasta que dejó de escuchar la voz que peroraba a sus espaldas. Sobre la avenida Juárez había quedado parada una limusina negra, aparentemente destinada al transporte turístico de los hoteles. Roberto subió a ella y desde el techo empezó a gritar para atraer la atención. Muy pronto la inmensa manifestación se había convertido en docenas de pequeños mítines que parecían poner a la gente en estrecho contacto con los designios de la dirección. En distintos promontorios hablaban otros oradores; al girar la cabeza para hacerse oír claramente por los compañeros que estaban detrás, Roberto podía ver a otros que como él gesticulaban y gritaban desde lo alto de los coches, bancas, bancas, estatuas. En el propio Hemiciclo, el personaje a quien Arturo llamaba respetuosamente maestro dejaba escuchar su atronadora voz. Nadie hablaba —nadie podía hacerlo— de las próximas acciones. En cada uno de esos pequeños núcleos, que no concentraban a más de ciento cincuenta o doscientas personas, parecía terminar el henriquismo: era como si hasta ahí hubiera podido llegar y nadie pudiera predecir el futuro no ya del día siguiente, pero ni siquiera de las próximas horas. Más allá de la Fiesta de la Victoria el Partido carecía de perspectiva.

—¡Ruíz Cortines! ¡Chile pasilla! —gritó alguien interrumpiendo a Arturo. Todos rieron.

Arturo hablaba apenas interrumpido por ingeniosidades semejantes, por gritos de aceptación, por aplausos, síes enfáticos, noes fundamentales, cuando vio venir por el fondo de Luis Moya, paradójicamente saliendo de la calle de la Victoria, en donde estaba el cuartel de bomberos, una perfecta mancha azul navegando sobre un mar vinoso y movedizo. Un regimiento montado avanzaba de seis en fondo ocupando el arroyo y las banquetas. Detrás, un ruido de pasos perfectamente regular descubría a los granaderos que marchaban fusil en ristre; más atrás todavía, patrullas y jeeps producían un zumbido pertinaz cada vez más cercano. La gente dispersa en la calle se replegaba hacia el packard. Arturo calló, hipnotizado por el balanceo de los caballos y el ruido de cascos y botas sobre el chapopote. De nuevo el grito de Arturo sacó del estupor a sus oyentes.

—¡Avisen al Partido que llegó la policía!